

Esta primera concesión dió margen á demandas más arrogantes, que dejaron á dicho país en un lugar mucho menos independiente del que de otro modo hubiese ocupado.

El decreto en cuestión me lo entregaron á poco de haber vuelto de Londres, adonde fui con motivo de un congreso anarquista celebrado en Julio del 81. Y una vez terminado aquél, permanecí algunas semanas más allí, escribiendo los primeros artículos sobre los asuntos rusos, según nuestro criterio, para la *Newcastle Chronicle*. En aquella época, la prensa inglesa no era más que un eco de las opiniones de Madama Navikoff — esto es, de Katkoff y de la policía de Estado rusa —, por lo que me sirvió de mucha satisfacción el que Mr. José Comen juzgara oportuno el ofrecerme hospitalidad en su publicación, para poder desde sus columnas defender nuestro modo de pensar.

Yo acababa de reunirme con mi mujer en la alta montaña, donde residía, próxima á la morada de Elíseo Reclus, cuando me dieron la orden de salir del país. Mandamos nuestro pequeño equipaje á la estación de ferrocarril más próxima, y nos dirigimos al Aigle, gozando por última vez del hermoso espectáculo de un panorama tan atractivo para nosotros. Algunas veces, creyendo acortar las distancias, nos apartábamos del camino y cruzábamos una loma, riéndonos después al ver que, en lugar de abreviar la marcha, no habíamos hecho más que prolongarla, teniendo que bajar hasta el fondo del valle para subir después arenosa pendiente.

El incidente cómico que siempre se presenta en tales casos, lo proporcionó una señora inglesa. Una dama ricamente vestida, reclinada al lado de un caballero, en un carruaje de alquiler, arrojó varias hojas de propaganda religiosa á los dos pobres que humildemente trajeados encontraron en el camino. Yo recogí los papeles del suelo; ella era evidentemente una de esas señoras que se tienen por cristianas y consideran como un deber el distribuir tales impresos entre los « inmorales extranjeritos ». Pensando que con seguridad habíamos de volver á encontrarla en la estación, escribí en una de las hojas los conocidos versos relativos á la suerte del rico en el reino de Dios, y otras citas igualmente apropiadas, en las que se decía que los fariseos eran los peores enemigos del cristianismo. Cuando llegamos al pueblo, la dama tomaba un refresco en su coche. Parecía indudablemente que prefería continuar el viaje en ese vehículo, á lo largo del risueño valle, mejor que ir empaquetada en el tren. Le devolví sus folletos cortésmente, diciéndole que había agregado algo que tal vez encontrara útil para su gobierno. Ella no sabía si tirármelos á la cara ó aceptar la lección con paciencia cristiana; sus ojos expresaron alternativamente ambos impulsos en un breve momento.

Como mi esposa se hallaba á punto de examinarse para tomar el grado de bachiller en Ciencias en la Universidad de Ginebra, nos establecimos, por el pronto, en una pequeña población francesa, llamada Thonon, situada en la costa saboyana del lago de Ginebra, permaneciendo allí un par de meses.

En cuanto á la sentencia de la Santa Liga, diré que me llegó un aviso procedente de los círculos más elevados de Rusia. Hasta el nombre mismo de la dama enviada de San Petersburgo á Ginebra, para ser el alma del negocio, me fué transmitido. Así que, yo no hice más que

comunicar el hecho y los nombres al corresponsal del *Times* en la última de las ciudades mencionadas, encargándole la publicación si ocurría algo en tal sentido, y, al efecto, inserté una nota en *Le Révolté*, no ocupándome más del asunto. Mi mujer, sin embargo, le dió más importancia á la cosa, y la dueña de la casa donde parábamos en aquel pueblecito, persona excelente, llamada madama Sansaux, y que había tenido conocimiento del asunto por medio de su hermana, que servía de niñera en casa de un agente ruso, se tomaba por mí un interés como si fuera de la familia. La casa se encontraba en las afueras del lugar, y cada vez que yo tenía que salir de noche, generalmente para esperar á mi esposa en la estación del ferrocarril, siempre hallaba pretexto para hacer que su marido me acompañara con una linterna. « Esperad nada más que un momento, señor Kropotkin — acostumbra á decir —; mi marido tiene que ir por el mismo camino para comprar alguna cosa, y ya sabéis que lleva siempre una linterna ». O en otras ocasiones mandaba á su hermano para que me siguiera á cierta distancia, sin que yo lo notara.

X.

En Octubre ó Noviembre del 81, tan pronto como mi mujer pasó sus exámenes, nos trasladamos de Thonon á Londres, donde permanecemos cerca de doce meses. Pocos años nos separan de esa época, y, sin embargo, bien puedo decir que la vida intelectual de Londres y de toda Inglaterra era muy diferente entonces de lo que ha venido á ser después.

Todo el mundo sabe que en los años transcurridos del 40 al 50, dicho país se hallaba casi á la cabeza del movimiento socialista de Europa; pero durante los siguientes períodos de reacción que siguieron, ese gran impulso que tan profundamente había afectado á la clase trabajadora, y en el cual se dió á conocer cuanto hoy se alega en favor del socialismo científico ó anarquista, vino á quedar paralizado. Quedó olvidado, lo mismo en Inglaterra que en el Continente, y lo que los escritores franceses califican de « tercer despertar de los proletarios », no ha comenzado aún en aquel país. La labor de la comisión agrícola del 71, la propaganda entre los campesinos y los anteriores esfuerzos de los socialistas cristianos, han contribuído de algún modo á preparar el camino; pero el desbordamiento de las ideas socialistas que se observó en Inglaterra después de la publicación de *Progreso y Miseria*, de Enrique George, no lo hemos visto todavía.

El año que entonces pasé en Londres lo fué de verdadero extrañamiento. Para el que profesara ideas socialistas avanzadas, no había atmósfera donde poder respirar. Nada que indicara ese animado movimiento socialista que tan ampliamente desarrollado encontré á mi vuelta en el 86. Burns, Champion, Hardie y los otros jefes de los trabajadores, aun no se habían dado á conocer; la Sociedad Fabiana no existía; todavía no se había declarado socialista Morris, y las uniones de oficios, limitadas en Londres sólo á unos pocos privilegiados, eran hostiles á la nueva idea. Los únicos activos y francos representantes del movimiento eran la señora de Hyndman y su marido, con algunos trabajadores agrupados á su alrededor. Ellos celebraron en el otoño del 81 un pequeño congreso, y nosotros solíamos decir bromeando, lo que después de todo se

aproximaba mucho á la verdad, que dicha señora había recibido todo el congreso en su casa. Era indudable que el movimiento, más ó menos radical y socialista, que se iba abriendo camino en la mente de los hombres, no se manifestaba aún de un modo franco y despejado. Ese número importante de personas de ambos sexos que aparecieron en la vida pública cuatro años después, y sin declararse por completo socialistas, tomaron parte en varios movimientos relacionados con el bienestar é instrucción de las masas, habiendo creado ahora en casi todas las ciudades de Inglaterra y Escocia una atmósfera completamente nueva de reforma y una nueva sociedad de reformadores, aun no habían hecho sentir su influencia; pero, como es natural, ya existían, pensaban y se comunicaban las ideas; todos los elementos necesarios para difundir el movimiento, se encontraban allí; pero faltos de esos centros de atracción en que más tarde se fueron convirtiendo los grupos socialistas, se encontraban perdidos en el seno de la masa; no se trataban unos á otros, y hasta les faltaba un conocimiento exacto de sí mismos.

Tchaykosky estaba entonces en Londres, y, como en años anteriores, empezamos una propaganda socialista entre los trabajadores. Ayudados por algunos de éstos, con quienes entablamos relaciones en el congreso del 81, ó á quienes las persecuciones de Juan Most habían atraído hacia nuestro campo, frecuentamos los clubs radicales, hablando en ellos de los asuntos rusos, del movimiento de nuestra juventud en dirección al pueblo, y del socialismo en general. Nuestro auditorio era, por lo general, ridículo por lo limitado, pasando raras veces de una docena de personas. En varias ocasiones, un cartista de barba gris tomaba la palabra y nos manifestaba que hace cuarenta años se decía otro tanto en medio del entusiasmo que tales ideas despertaban en multitud de trabajadores, mientras que ahora todo estaba muerto y no había esperanzas de resurrección.

Mister Hyndman acababa de publicar su excelente exposición del socialismo marxista, con el título de *Inglaterra para todos*; y recuerdo que un día, en el verano del 82, le aconsejé sinceramente que publicara un periódico socialista. Le referí lo mal de recursos que estábamos cuando dimos á luz *Le Révolté*, presagiándole un éxito relativamente feliz si se decidía á probar fortuna. Pero tan sombrías se presentaban las líneas generales del proyecto, que él mismo, á pesar de su entusiasmo, creyó nada podría conseguirse, á menos de no contar con recursos propios para hacer frente á los gastos. Tal vez tuviera razón; pero, cuando poco antes de los tres años de esto emprendió la publicación de *Justice*, encontró muy buena acogida por parte de los trabajadores, y en los albores del 86 había tres periódicos socialistas, y la Federación social democrática era una sociedad de importancia.

En el verano referido hablé en un inglés no muy correcto ante la asamblea anual de los mineros de Durham; di conferencias en Newcastle, Glasgow y Edimburgo, sobre el movimiento ruso, y fuí recibido con entusiasmo, dando la multitud frenéticos vivas á los nihilistas en la calle, después de terminada la reunión. Pero mi mujer y yo nos encontrábamos tan solos en Londres, y nuestros esfuerzos para despertar una agitación socialista en el país resultaban tan estériles, que en el otoño del mismo año 82 decidimos volver otra vez á Francia. Teníamos casi

la seguridad que allí sería pronto detenido; pero ambos nos decíamos con frecuencia: «Mejor es una prisión francesa que esta tumba».

Los que propenden á hablar de la lentitud de la evolución, deberían estudiar el desarrollo del socialismo en Inglaterra. Lenta es la marcha de la evolución, pero no uniforme; tiene sus períodos soñolientos y otros de progreso acelerado.

XI.

Una vez más nos instalamos en Thonon, tomándole algunas habitaciones á nuestra antigua patrona madame Sansaux, y reuniéndose á nosotros un hermano de mi mujer que había venido á Suiza atacado de consunción.

En mi vida he visto tantos espías rusos como durante los dos meses que permanecí en dicho pueblo. Diré, para empezar, que desde que nos quedamos en la casa referida, un tipo sospechoso, que pretendía pasar por inglés, alquiló otro departamento de la misma. Una verdadera multitud rodeaba constantemente nuestra morada, procurando penetrar en ella con un pretexto cualquiera, ó contentándose con rondar por parejas y aun en grupos de tres ó cuatro juntos. Me figuro lo curiosos que serían sus informes, porque el espía forzosamente tiene que dar cuenta de algo, pues si manifestase que se había pasado una semana en la calle sin notar nada de particular, pronto le rebajarían el sueldo, si es que no lo despedían del todo.

Aquella era la edad de oro de la policía secreta rusa; la política de Ignatieff daba su fruto; había dos ó tres cuerpos de policía compitiendo entre sí, todos disponiendo de dinero en abundancia y metiéndose en las intrigas más atrevidas. El coronel Sudéikin, por ejemplo, jefe de uno de ellos — de acuerdo con un tal Degáeff, quien, después de todo, lo mató —, denunció los agentes de Ignatieff á los revolucionarios de Ginebra, ofreciendo á los terroristas rusos las mayores facilidades para matar al ministro de la Gobernación, conde Tolstoi, y al gran duque Vladimir, agregando que, de ese modo, llegaría él á ministro con poderes dictatoriales y el zar se hallaría por completo en sus manos.

Esta actividad de la policía rusa vino á tener como coronamiento, más adelante, el rapto del príncipe de Battemberg realizado en Bulgaria.

La policía francesa estaba también á la expectativa. El saber lo que se hacía en Thonon, les intrigaba. Yo continuaba editando *Le Révolté* y escribiendo artículos para la *Encyclopædia Britannica* y la *Newcastle Chronicle*. ¿Pero qué informe se podía forjar de todo esto?

Un día, el gendarme de la localidad hizo una visita á mi patrona; había oído desde la calle el ruido producido por algún instrumento mecánico, y se figuraba que tenía yo en mi casa una prensa clandestina, lo que hizo aprovechar mi ausencia para pedirla á aquélla que se la enseñara. La señora le respondió que no había ninguna, y que tal vez el ruido á que él se refería era el causado por su máquina de coser; pero no dándose él por satisfecho con explicación tan prosaica, la obligó á ponerla en movimiento para poder comprobar si ambos sonidos tenían un origen común.

— ¿Qué hace todo el día? — le preguntó al ama.

- Escribir.
- ¿Pero no hace más que eso?
- A las doce se pone á aserrar madera en el jardín, y por las tardes sale á dar un paseo de cuatro á cinco. (Era en Noviembre).
- ¡Ah, eso es! ¿A la caída de la tarde? — escribiendo en su libro de memorias —. No sale más que de noche.

En aquel tiempo no me dí una explicación satisfactoria de esta especial atención por parte de los espías rusos, pero debe tener alguna relación con lo siguiente:

Cuando Ignatieff fué nombrado primer ministro, siguiendo los consejos de Andrieux, como ya tengo dicho, adoptó un nuevo plan. Mandó un enjambre de sus agentes á Suiza, encargándose uno de ellos de la publicación de un periódico que defendiera débilmente la extensión de la autoridad provincial en Rusia, pero cuyo principal objeto fuera combatir á los revolucionarios y separar de ellos á los emigrados que no simpatizaban con el terrorismo. Este era, indudablemente, un medio de sembrar la división. Después, cuando casi todos los miembros del Comité Ejecutivo habían sido presos en Rusia y sólo dos de ellos pudieron refugiarse en París, aquél envió allí un agente para proponer un armisticio, prometiendo que no se harían más ejecuciones con motivo de las conjuras que tuvieron lugar en el reinado de Alejandro II, aun cuando los sentenciados en rebelión cayeran en poder del gobierno, que á Chernysheusky se le dejaría volver de Siberia, y que se nombraría una comisión para revisar el caso de los que habían sido deportados á dicha región gubernativamente. Pidiendo en cambio al Comité Ejecutivo que no intentara nada contra la vida del zar, hasta que no terminaran las ceremonias de la coronación. Haciéndose, tal vez, también mención de las reformas que Alejandro III intentaba plantear en favor de los campesinos. El concierto se efectuó en París y fué respetado por ambas partes. Los terroristas suspendieron las hostilidades, y no se ejecutó á nadie por complicidad en los anteriores atentados; pero los que más adelante se vieron por ese concepto detenidos, fueron enterrados vivos en la Bastilla rusa de Schlüsselburgo, sin que se volviera á saber nada de ellos en quince años, y donde aun siguen muchos. Chernysheusky volvió de Siberia y recibió orden de permanecer en Astrakan, donde quedó separado de todo contacto con el mundo intelectual de Rusia, y pronto murió. Una comisión recorrió la Siberia, levantando la deportación á unos y fijándole á los demás un tiempo limitado. A mi hermano Alejandro le cargaron cinco años más.

Estando en Londres en el 82, me dijeron un día que un hombre que pretendía ser un agente *bona fide* del gobierno ruso y podía probarlo, quería entrar en negociaciones conmigo. «Decidle que si viene á mi casa rodará las escaleras», fué mi contestación. Es, sin embargo, probable que esto fuera debido á que Ignatieff, aun estando tranquilo respecto á un ataque del Comité Ejecutivo, temiera que intentaran algo los anarquistas y quisiera descartarme de la cuestión.

XII.

El movimiento anarquista experimentó un notable desarrollo en Francia durante los años 81 y 82. Se creía generalmente que el carácter francés era hostil al comunismo, y dentro de la Internacional se propagaba el «colectivismo» en su lugar. Lo que suponía la posesión en común de los instrumentos de producción, quedando á cargo de cada grupo el determinar si el consumo de la producción se habría de efectuar según los principios individualistas ó comunistas. Pero la verdad era, sin embargo, que lo que hallaba resistencia en Francia no era más que el comunismo monástico, *phalaestine* de las antiguas escuelas. Así que, cuando la Federación del Jura, en su congreso del 80, se declaró abiertamente anarquista comunista, esto es, en favor del completo comunismo, el anarquismo ganó muchos prosélitos en aquel país. Nuestro periódico empezó á circular allí con profusión; se sostenía una activa correspondencia con los trabajadores franceses, y un movimiento anarquista de importancia se desarrolló rápidamente en París y en algunas provincias, en particular en la región lionesa.

Cuando crucé la Francia en el 81, en mi viaje de Thonon á Londres, visité á Lyon, St. Etienne y Vienne, en cuyas poblaciones dí conferencias, encontrando en ellas un considerable número de trabajadores dispuestos á aceptar nuestras ideas.

Hacia fines del 82 hubo en la región de Lyon una crisis terrible. La industria de la seda quedó paralizada, y la miseria entre los tejedores fué tan grande, que una multitud de criaturas esperaba todas las mañanas á las puertas de los cuarteles á recoger lo poco que podían darle los soldados. Este fué el principio de la popularidad del general Boulanger, que permitió esa distribución de alimento.

La situación de los mineros de esa misma región era igualmente bien precaria.

Yo no ignoraba que allí existía una gran fermentación; pero durante los once meses que permanecí en Londres perdí el estrecho contacto que antes tenía con el movimiento francés. A las pocas semanas de mi vuelta á Thonon, supe por los periódicos que los mineros de Montceau-Mines, perdida la paciencia á causa de las vejaciones de los neocatólicos dueños de las minas, habían empezado una especie de agitación; celebraban reuniones secretas, en las que se hablaba de huelga general; las cruces de piedra levantadas en todos los caminos que conducían á las minas, eran derribadas ó voladas con cartuchos de dinamita, con los que están familiarizados los mineros por su trabajo subterráneo, y de los que frecuentemente pueden disponer. En el mismo Lyon la situación tomó un carácter más violento. Los anarquistas, que eran bastante numerosos en la ciudad, no dejaban pasar ningún mitin de los políticos oportunistas sin aprovecharse para exponer allí sus doctrinas, ó, en último término, armar un escándalo monumental. En esas asambleas presentaban proposiciones encaminadas á que las minas y todo lo necesario para la producción, así como las habitaciones, vinieran á ser propiedad de la nación, las cuales eran aprobadas con entusiasmo, para horror de la burguesía.

La animosidad de los trabajadores contra los concejales oportunistas y políticos en general, así como contra la prensa, que se aprovechaba de todas las calamidades y en nada contribuía para contener la creciente miseria, era grande.

Como es corriente en tales casos, la furia de los pobres se vuelve especialmente contra los sitios destinados á diversiones y depravación, que se hacen tanto más odiosos en tiempo de desolación y miseria, cuanto que ellos representan para los trabajadores el egoísmo y la corrupción de las clases acomodadas. Un lugar mirado con particular prevención por aquéllos era el café subterráneo del teatro Bellecour, que permanece abierto toda la noche, y en el cual al amanecer podían verse á periodistas y hombres políticos comiendo y bebiendo en compañía de mujeres galantes.

No se celebraba ningún mitin sin que se hiciera alguna alusión amenazadora á dicho establecimiento, y una noche explotó un cartucho de dinamita, colocado allí por una mano desconocida. Un trabajador que asistía con frecuencia á dicho lugar, y era socialista, trató de apagar la mecha y fué muerto por la explosión, en tanto que algunos de los políticos que en él se encontraban de jolgorio resultaron ligeramente heridos. Al día siguiente, otro cartucho estalló á la puerta de una oficina de reclutamiento, y se dijo que los anarquistas se proponían volar la gran estatua de la virgen que se encuentra en uno de los parajes más elevados de Lyon. Se necesita haber vivido en dicha ciudad ó en sus alrededores para poder formarse idea de lo apoderado que está todavía del pueblo y las escuelas el clero católico, y comprender el odio que á éste le profesa el elemento masculino de la población.

En tal situación, las clases conservadoras fueron presa de terrible pánico; unos sesenta anarquistas — todos trabajadores y sólo un miembro de la clase media, llamado Emilio Gautier, que se hallaba en una excursión de propaganda en la provincia — fueron detenidos. La prensa de la localidad tomó á su cargo al mismo tiempo el incitar al gobierno á que me prendiera, presentándose como el jefe de la agitación, que había, venido expresamente de Inglaterra para dirigir el movimiento. Con ese motivo, numerosos espías rusos volvieron á pulular por nuestro pueblecito. Casi diariamente recibía cartas, escritas indudablemente por los esbirros de la policía internacional, haciendo mención de algún proyecto de atentado por medio de la dinamita, ó anunciándome misteriosamente la remesa de una fuerte partida de ella consignada á mi nombre. Formé una completa colección de dichas cartas, poniendo á cada una un epígrafe « Policía Internacional », llevándoselas la francesa al hacer un registro en mi casa; pero no se atrevieron á presentarlas en la Audiencia, ni me las devolvieron jamás.

Y no sólo reconocieron todas las habitaciones, sino que hasta mi mujer, que iba á Ginebra, fué arrestada en la estación de Thonon y registrada; pero, como es natural, nada se encontró que pudiera comprometerme, ni á los demás tampoco.

Transcurrieron diez días, durante los cuales quedé en completa libertad para irme cuando quisiera. Recibiendo en ese espacio de tiempo una multitud de cartas aconsejándome la marcha; una de ellas de un amigo ruso desconocido, tal vez algún miembro del Cuerpo diplomá-

tico, que parece me había tratado anteriormente, é indicaba que me convenía ponerme en camino en el acto, porque, de lo contrario, me exponía á ser la primera víctima del tratado de extradición que estaba á punto de terminarse entre Francia y Rusia.

Yo seguí donde estaba, y cuando el *Times* insertó un telegrama diciendo que había desaparecido de Thonon, le envié una carta con mi dirección, pues siendo tan grande el número de amigos presos, no sentía deseo alguno de partir.

En la noche del 21 de Diciembre murió mi cuñado en mis brazos; sabíamos que su enfermedad era incurable, pero es verdaderamente terrible ver extinguirse la existencia de una persona joven que lucha desesperadamente con la muerte. Tanto mi esposa como yo, quedamos profundamente afectados; tres ó cuatro horas después, cuando la triste mañana de invierno empezaba á clarear, vinieron los gendarmes á prenderme. Viendo el estado en que quedaba mi mujer, pedí permiso para permanecer á su lado hasta que terminara el entierro, prometiendo, bajo mi palabra de honor, estar á la puerta de la prisión á la hora convenida; pero hasta eso se me negó, y aquella misma noche me condujeron á Lyon.

Elíseo Reclus, avisado por telégrafo, vino al momento, dedicando á mi mujer todos los cuidados y atenciones propias de su hermoso corazón; otros amigos vinieron de Ginebra, y aunque el acto fúnebre fué completamente civil, lo que constituía una novedad en tan pequeña población, la mitad de sus habitantes concurrió al entierro, para demostrar así á mi mujer que los sentimientos de las clases desheredadas y los sencillos campesinos de Saboya estaban con nosotros y no con sus dominadores. Durante el curso de mi proceso, los agricultores acostumbraban á bajar de los pueblos de la sierra á la ciudad en busca de periódicos y á enterarse del estado de la causa.

Otro incidente que me impresionó mucho fué la llegada á Lyon de un amigo de Inglaterra, quien venía en representación de una persona muy conocida y estimada en el mundo político inglés, y en cuya familia pasé muchas horas felices en Londres, en el 82. Era portador de una cantidad importante, destinada á proporcionarme la libertad bajo fianza, manifestándome al mismo tiempo, en nombre de aquél, que no debía preocuparme más que de salir de Francia inmediatamente. Haciendo uso, sin duda, de algún procedimiento misterioso, consiguió hablar libremente conmigo — no en la jaula de dobles rejas en que me colocaban para comunicar con mi mujer —, afectándose él bastante por mi negativa á aceptar tal ofrecimiento, así como yo lo fuí también por aquella prueba de amistad emanada de una persona á quien, al par que á su excelente esposa, yo había aprendido en tan alto grado á apreciar.

El gobierno francés deseaba hacer de aquello uno de esos grandes procesos que producen una fuerte impresión en el país; pero no había medio de envolver á los anarquistas presos en la causa de las explosiones, pues hubiera sido necesario concluir por llevarlos ante un jurado que, probablemente, nos habría absuelto, y, en su consecuencia, aquél adoptó la maquiavélica política de perseguirnos por haber pertenecido á la Asociación Internacional de Trabajadores.

Hay en Francia una ley, votada inmediatamente después de la

caída de la *Commune*, por la cual se puede hacer comparecer á cualquiera ante un juez de instrucción, por haber pertenecido á dicha sociedad. El máximo de la pena es de cinco años, y el gobierno tiene siempre la seguridad de que el tribunal ordinario le dejará complacido.

La vista de la causa empezó en los primeros días de Enero del 83 y duró unos quince. La acusación fué, en verdad, ridícula, porque nadie ignoraba que ninguno de los trabajadores de Lyon había jamás pertenecido á la Internacional, y fracasó por completo, según puede verse por el siguiente episodio: El único testigo de cargo era el jefe de la policía secreta de la ciudad, hombre de edad á quien se trataba en la Audiencia con gran respeto. Su informe, justo es decirlo, fué muy imparcial respecto á los hechos. Los anarquistas, según él, se habían hecho los dueños de la situación, imposibilitando la celebración de mítins oportunistas, porque al defender en ellos el comunismo y el anarquismo, se apoderaban del auditorio. Viendo que hasta aquí se había expresado correctamente, me aventuré á hacerle una pregunta: « ¿Oyó usted hablar alguna vez de la Asociación Internacional de Trabajadores en Lyon? »

« Nunca », contestó con tristeza.

« Cuando volví del congreso de Londres, del 81, é hice cuanto pude por reconstituir la Internacional en Francia, ¿obtuve algún resultado? »

« No: la encontraban poco revolucionaria ».

« Gracias — le contesté, y volviéndome hacia el fiscal, agregué: — ¡He ahí toda vuestra acusación destruída por vuestro mismo testigo! »

Pero, á pesar de ello, todos fuimos condenados por haber pertenecido á la Internacional. A cuatro de nosotros se nos impuso el máximo de la sentencia, esto es, cinco años de prisión y dos mil pesetas de multa, y á los restantes, de cuatro años á uno. Durante la vista nada se intentó probar respecto á la Internacional; nadie se acordó de ella; sólo nos dijeron que habláramos sobre el anarquismo, lo que hicimos cumplidamente. De las explosiones no se dijo ni una palabra, y cuando dos ó tres compañeros de la localidad quisieron aclarar este punto, se les contestó con rudeza que no era por eso por lo que estaban procesados, sino por haber formado parte de la Internacional (á la que sólo yo pertenecía).

En tales casos nunca falta algún incidente cómico, y esta vez fué reemplazado por una carta mía. No se encontraba nada sobre qué basar la acusación; se habían hecho multitud de registros en las casas de los anarquistas franceses, pero no encontraron más que dos cartas mías, de las que la acusación trató de sacar el mejor partido posible. Una de ellas estaba escrita á un trabajador que se hallaba desanimado, y yo le hablaba de la gran época en que vivimos, los grandes cambios que se aproximaban, el nacimiento y desarrollo de las nuevas ideas, y otras cosas por el estilo. La epístola no era larga, y el fiscal no pudo sacar de ella gran provecho. La otra tenía doce carillas; iba dirigida á otro amigo francés, un joven zapatero que se buscaba la vida trabajando en su casa, teniendo á la izquierda, generalmente, un pequeño anafre de hierro, en el que él mismo se hacía su comida, y á su derecha un banquito, sobre el cual escribía extensas cartas á los compañeros sin levantarse de su asiento. Después de haber concluído la tarea que necesitaba para

cubrir los gastos de su existencia, extremadamente modesta, y mandar algunos francos á su anciana madre, que se hallaba en el campo, pasaba horas enteras escribiendo cartas, en las que desarrollaba los principios teóricos del anarquismo con admirable buen sentido é inteligencia. En la actualidad es un escritor muy conocido en Francia, y generalmente respetado por la integridad de su carácter. Desgraciadamente, en aquel tiempo solía llenar tres ó cuatro pliegos de papel sin poner ni una coma ni un punto, lo que dió motivo á que yo le escribiera una larga carta, en la cual le explicaba de qué modo el pensamiento escrito se subdivide en sentencias, cláusulas y frases, debiendo cada una de ellas terminar con el signo ortográfico correspondiente; en suma, le dí una pequeña lección sobre los elementos de puntuación, manifestándole lo mucho que ganarían sus escritos si adoptara tan sencillo plan.

Esta carta fué leída ante el tribunal por el fiscal, quién la aderezó con los más patéticos comentarios: « Ya habéis oído, señores, esta carta — dijo dirigiéndose á los magistrados —; la habéis escuchado. A primera vista no contiene nada de particular; se trata sólo de dar una lección de gramática á un trabajador... Pero — y aquí su voz vibró con acentos de profunda emoción — no con objeto de ayudar á un pobre obrero á adquirir la instrucción que él, debido probablemente á la pereza, no recibió en la escuela; no para ayudarle á ganarse la vida honradamente. ¡No!, señores; le escribí con objeto de hacerle odiosas nuestras grandes y hermosas instituciones, con el propósito deliberado de infiltrar así en él el veneno del anarquismo, con el único fin de hacer de él un enemigo más terrible todavía de la sociedad. ¡Maldito día en que Kropotkin puso la planta sobre el suelo francés! »

Por más que hicimos, todo el tiempo que duró el discurso no pudimos dejar de reír como criaturas; los jueces lo miraban como para decirle con la vista que traspasaba los límites de su misión; pero él no se daba cuenta de nada, y dejándose arrebatar por su elocuencia, continuó perorando, cada vez con aspecto más teatral y más cómica entonación. Realmente hizo todo lo posible por mostrarse digno de una recompensa del gobierno ruso.

Poco después de pronunciado el fallo, el presidente del tribunal fué ascendido; y en cuanto al fiscal y uno de los magistrados — aunque parezca increíble —, el gobierno ruso les ofreció la cruz de Santa Ana, y la república les permitió que la aceptaran. La famosa alianza rusa tuvo, pues, su origen en el proceso de Lyon.

En él se pronunciaron brillantes discursos anarquistas, de los que se ocupó toda la prensa, por oradores tan notables como el obrero Bernard y Emilio Gautier, mientras los demás acusados se presentaron en actitud resuelta, propagando nuestras doctrinas durante quince días, lo que contribuyó poderosamente á desvanecer el falso concepto que existía en Francia respecto al anarquismo, y á dar más impulso al socialismo en otras naciones.

Respecto á las condenas, se hallaban tan poco justificadas por los autos, que la prensa francesa — exceptuando los órganos oficiales — criticó acerbamente á los magistrados. Hasta el moderado *Journal des Economistes* censuró el veredicto, que « nada en la vista de la causa podía hacer prever ». La lucha entre el acusador y nosotros, fué un triunfo que alcanzamos ante la opinión pública.

Inmediatamente después se presentó á la cámara una proposición de amnistía que obtuvo sobre unos cien votos en su favor, repitiéndose lo mismo todos los años, adelantando siempre y ganando terreno, hasta que, al fin, fuimos libertados.

XIII.

La vista de la causa terminó, pero yo continué dos meses más en la prisión de Lyon; la mayoría de mis compañeros habían interpuesto recurso de alzada contra el fallo del tribunal correccional, y fué necesario aguardar el resultado. Cinco nos negábamos á hacer dicha reclamación, y yo continué trabajando en mi *pistole*. Un gran amigo mío — Martín, un pañero de Vienne — tomó otra al lado de la mía, y como ya estábamos condenados, se nos permitía pasear juntos; y si teníamos necesidad de comunicarnos alguna cosa en el resto del día, acostumbrábamos á hacerlo por medio de golpes en el muro, como en Rusia.

Durante mi residencia en Lyon, empecé á comprender la influencia terriblemente desmoralizadora de las prisiones sobre los presos, lo que me hizo más adelante condenar incondicionalmente toda la institución.

La cárcel de Lyon es un edificio moderno, construído en forma de estrella, según el sistema celular. El espacio entre los rayos de aquélla está ocupado por pequeños patios asfaltados, y cuando el tiempo lo permite, se sacan los presos á trabajar al aire libre. La principal ocupación es apalear capullos para obtener borra de seda. También traen á estos patios, á horas determinadas, una multitud de infelices niños, flacos, enervados y mal alimentados — la sombra de lo que deben ser los niños —, á los que contemplaba yo á menudo desde mi ventana. La anemia se hallaba claramente escrita en todos sus pequeños rostros y de manifiesto en sus demacrados y temblorosos cuerpos; y, sin embargo, durante todo el día, lo mismo en los dormitorios que en los patios, en plena luz del sol, continuaban sus prácticas debilitantes.

¿Qué será de ellos después de haber pasado por esa escuela y salgan con su salud arruinada, su voluntad aniquilada y su energía deprimida? La anemia, con su limitado vigor, su falta de voluntad para el trabajo, su debilitada inteligencia y su pervertida imaginación, es mucho más responsable de los crímenes que la plétora, y este terrible enemigo de la raza humana es precisamente lo que se amamanta en las prisiones.

¡Y la enseñanza que esas criaturas reciben en aquel medio ambiente! El aislamiento mismo, aunque pudiera rigurosamente llevarse á la práctica, que no es posible, no bastaría á evitarlo; la atmósfera de toda prisión es una de glorificación de esa especie de juego en « saltos de habilidad », que constituye la verdadera esencia del robo, la estafa y toda clase de hechos igualmente antisociales. Generaciones enteras de futuros criminales son convertidos en estos pudrideros que el Estado sostiene y tolera la sociedad, únicamente por no querer oír hablar de sus propios males y analizarlos. « El que es preso en la infancia, lo será mientras viva », es lo que después oí á todos los interesados en asuntos criminales. Y cuando veía á esos niños y me hice cargo del porvenir que les aguardaba, no podía por menos de preguntarme continua-

mente: ¿Quién es el mayor criminal; esta criatura ó el juez que condena anualmente centenares de adolescentes á tal destino? No tengo inconveniente en admitir que el crimen del juez es inconsciente; ¿pero acaso los crímenes por que van á presidio las gentes son tan conscientes como se supone?

Había otro punto que pude, desde luego, apreciar desde la primera semana de mi encierro, pero que, por algo inconcebible, ha pasado inadvertido, tanto para el juez como para el escritor criminalista, y es el siguiente: que la prisión, en un inmenso número de casos, es un castigo que se hace sentir más duramente en personas completamente inocentes que en los mismos condenados á tal pena.

Casi todos mis compañeros, que representaban bastante bien el término medio de la población obrera, tenían mujer é hijo que sostener, ó hermana, ó madre anciana que sólo contaban para vivir con su trabajo. Y ahora, al quedarse abandonadas, todas estas mujeres hacían lo posible por encontrar trabajo, consiguiéndolo algunas, pero ni una siquiera logró ganar regularmente ni aun una peseta y media al día. Nueve y con frecuencia siete y media á la semana, era todo lo que podían alcanzar para mantenerse ellas y sus hijos, lo cual representa, como es natural, alimentación insuficiente, privaciones de todo género, quebrantamiento de la salud, debilidad del entendimiento y disminución de la energía y la voluntad. Pude, pues, apreciar ciertamente que lo que se hace en nuestras Audiencias no es más, en realidad, que el condenar á personas completamente inocentes á toda clase de trabajos, en la mayoría de los casos más duros todavía que aquellos á que el hombre mismo ha sido sometido.

La ficción consiste en hacer creer que la ley castiga al hombre imponiéndole una diversidad de trabajos degradantes, morales y físicos. Pero la naturaleza humana es de tal índole, que por duras que sean las penalidades á que se les destine, se habitúa á ellas gradualmente; si no puede modificarlas, las acepta, y después de un tiempo determinado, concluye por conformarse con ellas, como hace con una enfermedad crónica, y no darle importancia. Pero, en tanto dura su prisión, ¿cuál es la suerte de su mujer é hijos, ó de los otros seres inocentes que dependían de su ayuda? Esas personas han sido más cruelmente castigadas que él mismo. Y en nuestro modo rutinario de pensar, ninguno reflexiona jamás sobre la inmensa injusticia que de ese modo se comete. Si yo he podido apreciarla, lo debo únicamente á la experiencia.

* * *

A mediados de Marzo del 83, veintidós de nosotros, que habíamos sido condenados á más de un año de cárcel, fuimos trasladados con gran reserva á la prisión central de Clairvaux, la cual, en otro tiempo, había sido una abadía de San Bernardo, de la que la gran Revolución hizo un asilo para los pobres. Más tarde vino á convertirse en casa de corrección, nombre que, tanto los presos como los mismos empleados, la cambiaron, y con razón, con el nombre de « casa de corrupción ».

Mientras permanecemos en Lyon, se nos trató según se acostumbraba á hacer en Francia con los que sufren prisión preventiva; esto es,